



pensa. En una sedición acudieron los judíos y le sacaron de entre las manos de los rebeldes. Jonathás fué colmado de honores, mas cuando el rey se creyó seguro abrazó las máximas de sus antepasados y afligió como ellos á los judíos. Revivieron las turbaciones de la Siria; Diodoro Triphon elevó á un hijo de Balas, llamándole Antioco el Dios, y le sirvió de tutor en su menor edad. La soberbia de Demetrio sublevó los pueblos; toda la Siria ardía; Jonathás supo aprovecharse de la coyuntura, y renovó con los romanos la alianza. Todo le sucedía prósperamente, cuando Triphon, faltándole á la palabra, le hizo perecer con sus hijos. Sucedióle su hermano Simon, el más prudente y feliz de los macabeos, y los romanos le favorecieron, como habían hecho con sus predecesores. No fué ménos infiel Triphon á su pupilo Antioco que lo había sido á Jonathás. Hizo morir á este niño por medio de los médicos, con el pretexto de hacerle cortar la pierna, que no padecía, y se apoderó de una parte del reino. Simon tomó el partido de Demetrio Nicator, rey legítimo, y despues de haber obtenido de él la libertad de su país, la mantuvo con las armas contra el rebelde Triphon. Fueron echados los sirios de la ciudadela que tenían en Jerusalem, y despues de todas las plazas de la Judea. Libres así los judíos del yugo de los gentiles por el esfuerzo de Simon, acordaron las preeminencias reales á él y á sus sucesores, y Demetrio Nicator consintió en este nuevo establecimiento. Este principio tuvo el nuevo reino del pueblo de Dios y el principado de los asmoneos, siempre unido al sumo sacerdocio. En estos tiempos se extendió el imperio de los partos en la Bactriana y las Indias por las victorias de Mithridates, el más valeroso de los Arsacidas. En tanto que se avanzaba hácia el Eufrates, Demetrio Nicator, llamado de los pueblos de aquella region que Mithridates acababa de sujetar, esperaba reducir á la obediencia los partos, á quienes los sirios trataban siempre de rebeldes. Consiguió muchas victorias, y estando para volver á la Siria á acabar en ella con Triphon, cayó en el lazo que un general de Mithridates le había armado, y quedó prisionero de los partos. Triphon, que con la desgracia de este principe se

creía seguro, se vió de improviso abandonado de los suyos, á quienes era ya insufrible su soberbia. Durante la prision de Demetrio, su rey legítimo, se entregaron á su mujer Cleopatra y á sus hijos; pero fué necesario buscar defensor á estos principes de edad aún tierna. Tocaba naturalmente este cuidado á Antioco Sidetes, hermano de Demetrio; hizole Cleopatra reconocer en todo el reino, mas Fraates, hermano y sucesor de Mithridates, trató á Nicator como á rey y le dió su hija Roduguna en matrimonio. Cleopatra, en odio de esta competidora, que le quitaba la corona y el marido, se casó con Antioco Sidetes, y se resolvió á reinar á costa de cualquier delito. El nuevo rey atacó á Triphon; Simon se le juntó en esta empresa, y forzado el tirano en todas sus plazas, acabó como merecia. Antioco, dueño ya del reino, olvidó bien presto los servicios que le había hecho Simon en esta guerra, y le quitó la vida. En tanto que recogia todas las fuerzas de Siria contra los judíos, Juan Hircan, hijo de Simon, sucedió á su padre en el pontificado, y se le sometió todo el pueblo. Sostuvo despues el sitio dentro de Jerusalem con mucho esfuerzo, y la guerra que Antioco meditaba contra los partos por libertar á su hermano, le hizo acordar condiciones tolerables á los judíos. Al mismo tiempo que se concluyó esta paz, los romanos, que comenzaban á ser muy ricos, hallaron unos formidables enemigos en la espantosa multitud de sus esclavos. Euno, uno de ellos, los sublevó en Sicilia, y fué necesario para reducirlos todo el poder romano. Un poco despues, la sucesion de Attalo, rey de Pergamo, que nombró en su testamento heredero suyo al pueblo romano, introdujo la discordia en la ciudad. Comenzaron los alborotos de los Gracos. El sedicioso tribunado de Tiberio Graco, uno de los primeros hombres de Roma, fué causa de su ruina; todo el Senado le mató por mano de Scipion Nasica, y no halló sino este medio de impedir la perniciosa distribucion del dinero con que este elocuente tribuno lisonjeara al pueblo. Scipion Emiliano restablecia la disciplina militar, y este grande hombre, que había destruido á Cartago, arruinó tambien en España á Numancia, terror de los romanos.



Desde este punto, segun Cantú, la atención se reconcentra en Roma, la cual, despues de haberse asimilado, aunque con alguna dificultad, los primeros elementos, se lanza como un gigante para apropiarse el Universo. Dotada de maravillosa perseverancia en sus vastos desig-nios, tiene que habérselas con naciones que se sostienen sólo por las leyes del equilibrio, variables en sus alianzas y atentas únicamente á crecer é impedir que las demás se aumenten. ¿Podía ser dudoso el éxito? Cuando Roma se desborda de la vencida Italia, se encuentran frente á frente las estirpes jafética y semítica: aquella con el genio del heroísmo, de las bellas artes, de la legislación; esta con el espíritu de industria y de comercio. La última sucumbe cuando Tiro cede el puesto á su émula Alejandria y cuando Cartago es destruida por Roma; y apenas si quedan recuerdos de aquella civilización entre los que recogen sus frutos. ¿Quién sabe si la colonia de Argel, ahora naciente en aquellos contornos, no podrá, como Mario, sentarse entre las ruinas de Cartago y obtener de ellas las revelaciones que ya se han obtenido de Babilonia y de Menfis?

De esta suerte vence Roma al Oriente antes de arrojarle á combatirle en Egipto, en Siria, en el Ponto y en Armenia; pero al dar el Oriente á la vencedora la industria y las ciencias, la corrompe y cambia. Roma, aun fabricando cadenas para el mundo, se muestra magnánima; daba libertad á los pueblos, distribuía las provincias entre sus aliados, y humillaba á los siervos, perdonando á los que se sometían; pero despues que pasa al Asia, no reconoce ningun obstáculo; cree insulto propio la libertad de los demás, y viola descaradamente el derecho. Perseo es conducido entre cadenas, y sirve de espectáculo á un vulgo que insulta las régias desventuras; Cartago es destruida inicua-mente; Numancia, acreedora á la admiracion de la posteridad, no conmueve al brutal vencedor, sino cuando despues de derramar la sangre del enemigo, pasa á derramar la del ciudadano.

ÉPOCA QUINTA.
Guerras civiles

Grandes, variados y trascendentales acontecimientos se ofrecen al espíritu pensador en esta época, tránsito del mundo antiguo á la edad cristiana, en medio de dos hechos tan notables como el de la trasformacion de la sociedad romana y el principio de las guerras civiles.

Años
ant. de J.-C.
134 á 4
d. de J.-C.

Pierde Roma su primitivo carácter bárbaro, templado por el dulce y poderoso influjo de las letras, artes y cultura griega, al par que la molicie y el lujo asiático de los vencidos la inducen á la vida licenciosa y de corrupcion, que más tarde la enerva, la aniquila y labra un gran sepulcro á su vergonzosa muerte. El prodigioso aumento de la plebe, que ya no expone su vida en los campos de batalla conquistando glorias para la invencible Roma; la ambicion de los patricios apoderándose de todas las tierras; la desigual distribucion de derechos de ciudadanía y la trasformacion de la antigua aristocracia en una nueva, cuyos títulos descansan en acumular riquezas, dan origen á las guerras devastadoras y civiles; causas más que suficientes, dado el olvido del imperio del derecho y de la justicia, á que la sociedad romana, como toda sociedad así viciada, oyese pronto resonar el eco de la tormenta que en negros nubarrones se cernía sobre el suelo del vasto territorio romano.

La hija de Scipion el Africano, la austera Cornelia, engendra en su seno dos seres nacidos para la plebe, y encuentra esta, en efecto, en los Gracos los más ardientes tribunos; su sangre engendra á Mario, coronado por su fortuna, por la guerra de Yugurta y por la elevada proteccion de los Metelos. Suscítanse la fatal rivalidad entre Mario y Sila; la guerra de Sertorio y la de los esclavos, á las órdenes de Espartaco, fijando el momento de libertarse de la tiranía que enrojecía la arena del circo con la humeante sangre de los maldecidos seres engendrados en la negra esclavitud.

Pompeyo, el dictador nobilísimo, triunfa en sólo cuarenta días de los piratas que infestaban



el Mediterráneo; el audaz Catilina, tan insensato como todos los perturbadores de la sociedad, ciegos ante el ídolo de la soberbia, únicos en quien se inspiran, triunfando de Cicerón, el padre de la patria, quien desconcierta y derrota á los catilinaros en el Senado, antes que lo fueran aniquilados y vencidos en los campos de Etruria.

En medio de estas luchas, nótase la falta total de creencias y de principios morales, gangrena de toda sociedad que va con paso incierto hácia una muerte segura; en vano Graco, César y Pompeyo reaniman en su triunvirato la actividad y triunfos romanos; el polvo de los Gracos no se moverá de sus sepulcros, la sombra de Espartaco no trazará nuevo ideal á los esclavos; pero Roma va derecha por el camino del despotismo á recoger una triste herencia, que no se evita, ni con la sangre de César, ni con el audaz arrojó de Bruto y Casio, por faltar la vida de los grandes principios morales, que tenían convertida en un cadáver á la sociedad romana. Abdica la república de su mendida libertad en Actium, y nace aquel imperio, que duró 506 años, bajo el cual tuvieron lugar tantos y tantos hechos como acreditan la insuficiencia de las glorias militares, del terror y del despotismo para llevar á término feliz á un pueblo, sin leyes de orden providencial, acatadas y reconocidas por la humana criatura.

Augusto fomenta las artes, las letras y el comercio, inspirado en Agrippa y Mecenas; sostiene su poder á través de reiteradas conspiraciones; mantiene guerras gloriosas para Roma en el Occidente, reduciendo la Aquitania á provincia romana, y fija límites á un imperio que llegó en esta época á contar 120 millones de habitantes.

Cerrado el templo de Jano, reinando en el mundo la paz más completa, la paz octaviana, tuvo lugar el más grande acontecimiento que han presenciado los siglos: nace el Mesías, el esperado de aquellas generaciones, que, llenas de fe, dormían ya el sueño de paz eterna; nace el Redentor del mundo el 714 de la fundación de Roma y el 33 del reinado de Augusto. El nacimiento de Jesucristo es el hecho más culminante de la Historia; la redención es el dog-

ma que explica las tradiciones del mundo colocado más allá del Calvario, y aclara con hermosa y refulgente luz el inmenso espacio de este nuevo mundo, destinado á vivir la vida del cristianismo. Magnífico espectáculo, que el historiador debe señalar como la hora cumplida de una esperanza venturosa, al par que como un punto de partida donde el espíritu recobra aliento de vida.

Ante Jesucristo y su doctrina, el mundo romano, con sus grandezas, sus conquistas y sus glorias, aparece pequeño; las palabras de Augusto en su agonía, «Aplaudid si he desempeñado bien mi papel;» la triste y sangrienta memoria de Tiberio, Calígula, Claudio y Neron; todo, en fin, revela que la gigantesca estatua de oro va á desmembrarse rota y hecha mil pedazos junto las orillas del Tíber. Sonó la hora de la paz del cielo, y la corona de los tiranos se bambolea; el esclavo, el pária, el ilota, la degradada mujer, el hijo envilecido y las inocentes víctimas del circo, alcanzan á ver ya en el horizonte de la nueva patria cristiana la esperanza en el Padre común que está en los cielos.

Continuando en esta época el diseño de la historia el gran Bossuet, dice: «Halláronse débiles los partos contra Sidetes; sus tropas, aunque estragadas por un lujo prodigioso, tuvieron un maravilloso suceso. Juan Hircan, que le habia seguido en esta guerra con sus judíos, dió en ella señas de su valor é hizo respetar la religion judaica, deteniéndose el ejército por darle lugar á celebrar el dia de reposo. Todo cedia, y vió Fraates reducido su imperio á sus antiguos límites; pero tan lejos de desesperar de sus cosas, que creyó que su prisionero le ayudaria á restablecerlas y á invadir la Siria. En esta coyuntura experimentó Demetrio las extravagancias de su suerte; fué muchas veces suelto y otras tantas retenido, segun prevalecían la esperanza ó el temor en el espíritu de su suegro. En fin, un punto feliz, en que no vió Fraates más recurso que en la diversion, que por medio de Demetrio queria hacer en la Siria, le puso enteramente en libertad. Mudóse en este punto la suerte. Sidetes, que no podia sostener sus gas-



tos inmensos sino con robos intolerables, fué de repente oprimido de una sublevación general de los pueblos, y pereció con su ejército, tantas veces victorioso. Hizo Fraates seguir aceleradamente á Demetrio; pero en vano, por haber entrado ya en su reino. Cleopatra su mujer, en quien sólo prevalecía el deseo de reinar, volvió luego con él, y quedó olvidada Roduguna. Hircan se aprovechó del tiempo; tomó á Sichem de los samaritanos, y arruinó enteramente el templo de Garizim, doscientos años despues que le fabricó Sanabalat. No impidió su ruina á los samaritanos el continuar su culto sobre aquel monte, y que larón irreconciliables los dos pueblos. El año siguiente, unida toda la Idumea por las victorias de Hircan al reino de Ju tea, recibió la ley de Moisés con la circuncisión. Continuaron los romanos su protección á Hircan, é hicieron restituírle las ciudades que los sirios le habian quitado. No dejaron á la Siria mucho tiempo tranquila la soberbia y las violencias de Demetrio Nicator. Los pueblos se rebelaron, y el Egipto enemigo, por mantener su sedición, les dió por rey á Alejandro Zebina, hijo de Balas. Fué Demetrio derrotado; y Cleopatra, que creyó reinar en tiempo de sus hijos más absolutamente que en el de su marido, le hizo morir. No trató mejor á Seleuco su hijo mayor, que á pesar de ella queria reinar. Antioco, su hijo segundo, llamado Gripo, habia deshecho los rebeldes y volvía victorioso. Presentóle Cleopatra, segun ceremonia, la copa, pero envenenada, y advertido su hijo de sus designios, la obligó á que la bebiese. Dejó ella con su muerte una eterna semilla de discordias entre los hijos que habia tenido de los dos hermanos Demetrio Nicator y Antioco Sidetes. Agitada así la Siria, no fué ya capaz de perturbar más á los judíos. Juan Hircan tomó á Samaria, pero no pudo convertir los samaritanos. Murió cinco años despues, y quedó la Judea pacíficamente á sus dos hijos, Aristobulo y Alejandro Jannéo, que reinaron sucesivamente sin ser incomodados de los reyes de Siria. Dejaban los romanos que se consumiese por sí mismo este rico reino, y se extendían del lado del Occidente. En tanto que duraban las guerras de Demetrio Nicator y de Zebina, comenzaron á

dilatar su dominio de la otra parte de los Alpes; y Sextio, vencedor de los Galos, llamados salienos, estableció en la ciudad de Aix una colonia, que aún mantiene su nombre. Defendíanse mal los galos. Fábio domó los alobroges y todos los pueblos vecinos; y el mismo año que Gripo hizo beber á su madre el veneno que ella le habia preparado, reducida á provincia la Gália Narbonense, recibió el nombre de provincia romana. Así el imperio romano se engrandecía, é iba poco á poco ocupando todos los países y mares del mundo conocido. Pero cuanto más bello en lo exterior parecia el semblante de la república por sus conquistas, tanto estaba interiormente desfigurada por la desordenada ambición de sus ciudadanos y por sus guerras intestinas. Los más ilustres romanos se hicieron los más perniciosos al bien público. Los dos Gracos, lisonjeando el pueblo, comenzaron las discordias, que no terminaron sino con la misma república. Cayo, hermano de Tiberio, no pudo sufrir que se hubiese hecho morir á tan grande hombre de una manera tan trágica. Animado á la venganza de movimientos que se creyeron inspirados de la sombra de Tiberio, armó unos contra otros á todos los ciudadanos, pero la víspera de la total ruina pereció de muerte semejante á la que deseaba vengar. Todo lo podía en Roma el dinero. Yugurta, rey de Numidia, que habia manchado su opinion con la muerte de sus hermanos, á quienes el pueblo romano protegía, más largo tiempo se defendió con sus liberalidades que con sus armas, y Mário, que acabó de vencerle, no pudo llegar al mando sino enfureciendo al pueblo contra la nobleza. Tomaron los esclavos otra vez las armas en Sicilia, y no costó menos sangre á los romanos su segundo alboroto que el primero. Mário derrotó los teutones, los cimbríos y otros pueblos del Norte, que penetraban en las Galias, en la España y la Italia. Las victorias que habian conseguido, dieron motivo á nuevos repartimientos de tierras; Metelo, que lo contradecía, fué obligado á acomodarse al tiempo y no quedaron extingidas estas discordias sino con la sangre de Saturnino, tribuno del pueblo. En tanto que Roma dividía la Capadocia contra Mithridates, rey de Pontó, y que un tan



gran enemigo, juntamente con la Grecia, que habia abrazado sus intereses, cedia á la fuerza romana, la Italia, hecha á las armas en tantas guerras, sostenidas, ó contra los romanos ó con ellos, arriesgó su imperio por una general revolucion. Vióse Roma en aquellos mismos tiempos despedazada por los furiosos de Mário y Sila, famoso el uno por haber hecho temblar al Mediodía y al Norte, y el otro por vencedor de la Grecia y del Asia. Sila, á quien llamaban el *Dichoso*, lo fué mucho contra su patria, y la puso en servidumbre su tiránica dictadura. Bien pudo él renunciar voluntariamente el poder supremo; pero no pudo impedir los efectos de su mal ejemplo. Cada uno quiso dominar: Sertorio, celoso parcial de Mário, se acantonó en España y se ligó con Mithridates. Contra tan gran capitán, ni fué útil la fuerza; ni Pompeyo pudo reducir su partido sino sembrando en él la discordia. No hubo quien no creyese, aun Spartaco Gladiador, que podia aspirar al mando. No dió este esclavo ménos que hacer á los pretores y cónsules que á Luculo Mithridates. Hizole formidable á la potencia romana la guerra de los Gladiadores, y teniendo Craso dificultad en fenecerla, fué necesario enviar contra ellos al gran Pompeyo. En el Oriente prevalecian las fuerzas de Luculo. Los romanos pasaron el Eufrates, pero su general, aunque invencible contra sus enemigos, no pudo contener dentro de los límites de su obligacion á sus propios soldados. Mithridates, frecuentemente derrotado y siempre animoso, se restablecia, y tambien parecia necesaria la felicidad de Pompeyo para terminar esta guerra. Acababa de limpiar los mares de los piratas, que desde la Siria hasta las columnas de Hércules los infestaban, cuando fué enviado contra Mithridates. Pareció entonces su gloria elevada al más alto punto. Acababa de sujetar á este rey valeroso; á la Armenia, en que se habia refugiado; á la Iberia y la Albania, que le sostenian; á la Siria, despedazada por sus facciones; á la Judea, donde la division de los asmoneos sólo dejó á Hircan II, hijo de Alejandro, una sombra de poder; y en fin, á todo el Oriente; pero no hubiera podido triunfar de tantos enemigos sin el cónsul Ciceron, que salvó la ciu-

dad del fuego que Catilina, seguido de la más ilustre nobleza de Roma, le preparaba. Más por la elocuencia de este insigne orador, que por las armas de su compañero Antonio, fué arruinado este formidable partido. Pero no quedó más segura la libertad del pueblo romano. Pompeyo dominaba en el Senado, y su gran fama le hacia árbitro de todas las deliberaciones. Julio César hizo á su patria, domando las Galias, la más útil conquista que jamás ella hubiese conseguido.

Este tan gran servicio le puso en actitud de establecer en su país su dominacion. Quiso al principio ser igual á Pompeyo, y despues superior. Persuadieron á Craso sus inmensas riquezas que podia tener parte en la gloria de estos dos grandes hombres, como ya la tenia en la autoridad. Emprendió temerariamente la guerra contra los partos, funesta á sí y á su patria. Los arsacides, vencedores, insultaron con burlas crueles á la ambicion de los romanos y á la insaciable avaricia de su general. Pero no fué la ignominia del nombre romano el peor efecto de la derrota de Craso. Contrapesaba su poder el de Pompeyo y César, á quienes, aunque violentos, tenia unidos. Rompióse con su muerte el dique que los contenia. Y los dos competidores decidieron su contienda con una sangrienta batalla en Farsalia. En un momento se dejó ver César victorioso por todo el mundo: en Egipto, en Asia, en Mauritania, en España. Vencedor en todas partes, fué reconocido como señor en Roma y en todo el imperio. Creyeron Bruto y Casio libertar sus ciudadanos matándole como á tirano, á pesar de su clemencia. Pero recayó Roma en el poder de Marco Antonio, de Lépido y del jóven César Octaviano, sobrino de Julio César y su hijo adoptivo, tres intolerables tiranos, cuyo triunvirato y proscripciones aún horrorizan al leerlas. Pero fueron muy violentas para ser muy durables. Dividen estos tres hombres el imperio. César se reserva la Italia; y cambiando al instante en benignidad sus primeras crueldades, hace creer haber sido arrastrado de sus compañeros á ejercitarlas. Perecen las reliquias de la república con Bruto y Casio. Despues de haber Antonio y César arruinado á Lé-



pido, vuelve uno contra otro el furor de sus armas. Entrégase al mar todo el poder romano. Gana César la batalla de Azio, quedando disipadas las fuerzas que del Oriente y Egipto llevaba Antonio consigo; todos sus amigos le abandonan, hasta su Cleopatra, por quien se habia perdido. Herodes Idumeo, que toda su fortuna le debía, se halla obligado á dárse al vencedor; y se mantiene por este medio en la posesion del reino de Judea, que la debilidad del viejo Hircan habia hecho enteramente perder á los asmoneos. Todo cede á la fortuna de César: Alejandria le abre sus puertas; el Egipto se convierte en provincia romana; Cleopatra, desesperada de poder conservarle, se mata ella misma despues de muerto Antonio; Roma abre los brazos á César, que con el nombre de Augusto y el título de emperador, queda único señor de todo el imperio. Doma despues hácia los Pirineos los cántabros y asturianos sublevados. La Etiopia le pide paz; asombrados los partos, le restituyen los estandartes tomados á Craso, con todos los prisioneros romanos; las Indias solicitan su alianza; sus armas se hacen sentir de los retzios ó grisonés, sin que la aspereza de sus montañas pueda defenderles; la Polonia le reconoce; la Germania le tiembla, y recibe sus leyes el Vesper. Vencedor por tierra y mar, cierra el templo de Jano. Vive en paz todo el Universo bajo su dominio, y viene Jesucristo al mundo.

Antes de entrar en la era nueva, fijaremos la vista en un pueblo oriental, mucho más antiguo en verdad, dice Cantú, pero que desde Chen-si, dilatando su lenta cultura, crece separado de los restantes del mundo, de tal modo, que ha podido ser descuidado por la Historia, que vive de progreso y de movimiento. Mas en esta edad surge en él uno de aquellos grandes genios que con la ciencia y la meditacion resumen y encarnan en sí el pensamiento del pueblo, y preparan los cambios que no lograria jamás efectuar la espada.

Al hablar de los chinos y de Confucio, tendremos ocasion de dirigir una mirada al mundo patriarcal que abandonamos, á las sociedades orientales que viven en el espacio, no en el tiempo, y compararlas con las nuestras, que se

separan de la necesidad y de la unidad indefinida y universal, para lanzarse al progreso libre y variado, donde el derecho se aparta de la religion y del Estado para hacerse eficaz é individual. No cause maravilla, sin embargo, que aquí tambien á veces prevalezca el Oriente; pues es todavía inmensamente mayor el número de pueblos organizados conforme á las costumbres del Asia. La civilizacion europea se limitaba á Grecia é Italia, y aun estas tenian del Asia la esclavitud, la sujecion de las mujeres, los cultos, y á menudo el lujo y el despotismo; sin embargo, se dirigen á la perfeccion á pasos lentos, pero seguros. En un principio, la victoria hacia los esclavos y los amos; despues, el interés ó las transacciones forman la plebe, sin existencia civil, política ni religiosa, y que no podia poseer bienes sino con la sancion del patricio, en quien el derecho de la fuerza apenas estaba refrenado por las solemnidades legales. Pero la ciudad plebeya se eleva al lado de la aristocrática de Rómulo, que se ve obligada á sujetarse á la rigida letra de la ley, letra que será combatida por la elocuencia, eludida por los privilegios y burlada por las ficciones rituales, hasta que por la voz de los Gracos invoque la plebe el derecho de poseer y el de votar, caminando al triunfo entre derrotas.

Las dos formas del mundo oriental y del occidental, del patriciado y de la plebe, asociadas en Roma, le dan una doble naturaleza: la conservadora y la innovadora. Admite todo linaje de ideas, pero despues de viva oposicion; se engrandece, pero es cobrando nuevas fuerzas; cambia de gobierno, pero siempre fundándolo en sus mismos principios, que eran los de la sociedad humana; y así como formó la ciudad amalgamando los patricios con los plebeyos, forma el imperio amalgamando diversos pueblos, primeramente avasallados, pero despues por la guerra social hechos romanos. Por esta razon, no son momentáneas sus conquistas: subyuga, civiliza, asimila; y en el orden de los hechos alcanza el imperio más extenso y duradero, mientras que en el orden de las ideas forma la más entendida jurisprudencia. Los esclavos arrojan en breve un grito de



emancipacion; los vencidos que ocuparon en Italia el puesto de la poblacion indigena que habia perecido en la conquista, piden derechos; Mário nace de la sangre de Graco y allana el camino á César, precursor de Augusto. Durante las guerras intestinas, la civilizacion marcha siguiendo el camino del sol hasta el Océano, y los descendientes de los galos y de los germanos, conquistados para la civilizacion, perdonan á los romanos la matanza de sus padres. Por otro lado, la Europa reina en Egipto, combate en Persia, subyuga la patria de Masinisa, y aumenta el número de las naciones agrégadas á su civilizacion; de modo, que en adelante podrá combatir al Oriente con fuerzas iguales.

Encuétrase en efecto frente al Oriente en Accio, y la fuga del Egipto proclama la supremacía de Europa. No obstante, triunfa el Oriente en la profunda corrupcion de la nueva Babilonia, porque al paso que se facilita con la espada la fraternidad de las naciones, al paso que se mejoran las formas exteriores de la ciudad, la industria, el comercio, las artes, las leyes, la administracion, se gangrena la herida que la supersticion y la filosofia han abierto en el corazon y en la inteligencia del mundo antiguo; y los elementos necesarios para la vida social, fe, conciencia, libertad, se desvirtuan. Las leyes protegen á los esclavos, y la esclavitud es más despiadada que nunca; Paulo Emilio vende en Epiro ciento cincuenta mil ciudadanos de setenta ciudades destruidas, para distribuir el importe entre los soldados, y César da gracias á los dioses por haber exterminado á los galos, vendido al mejor postor cincuenta y tres mil habitantes de Namur, y muerto en Avarico cuarenta mil hombres inermes. No se da muerte á los hombres tan sólo para saciar el hambre ó en el impetu brutal de la venganza, sino tambien por divertir al pueblo reunido en el circo. Combínase en Roma el dogma de la autoridad con el de la libertad, pero libertad ciudadana, no individual; é inmolándose la independenciam de las naciones sobre el altar de la patria, erigida en divinidad inexorable, el mundo es considerado como una mina de oro ó un mercado de esclavos; la palabra de la república es santa,

no porque sea justa, sino porque ha sido pronunciada; la legalidad ocupa el lugar de la justicia para encubrir exteriores iniquidades, y llega á desconocerse el derecho sagrado de desobedecer las leyes injustas, esto es, la prerogativa de la razon que juzga de la justicia de las leyes. Reducido todo, por tanto, á mera política, no queda más union posible que la fuerza, incapaz de mantener por mucho tiempo la armonia; y la ciencia pagana tan sólo sabe lamentar los vicios de aquella raza, peor que la precedente, y prever otra todavía más perversa (1).

Sabiendo Augusto aprovecharse de este respeto á la legalidad para disfrazar con él su usurpacion, concentra en sí los poderes que el pueblo adquirió con grandes trabajos, y sustituye á la república despótica el despotismo de la monarquía. Así resuelve el gran litigio entre nobles y plebeyos, entre patricios y caballeros; proscribiendo la aristocracia é igualando el derecho civil, hace caer en desuso las Doce tablas, é iguala todos los miembros del imperio; y por último, llama á las musas para que cubran con laureles las cadenas impuestas á la ciudad reina, é insultando al subyugado mundo, le grita: *Paz*.

ÉPOCA SEXTA
Desde la venida de Jesucristo hasta Constantino

Ya hemos llegado á aquellos tiempos tan deseados de nuestros padres, de la venida del Mesías. Este nombre significa Cristo ó unguido del Señor, y se debe á Jesucristo como á pontífice, como á rey y como á profeta. No concuerdan en el año preciso en que vino al mundo; pero convienen en que su nacimiento excede ciertamente en algunos años á nuestra era vulgar, que no obstante seguimos con todo los demás por mayor comodidad. Y sin disputar más sobre el año del nacimiento de Nue-

Años
después de
J.-C.
4 á 323

(1) *Etas parentum, peior avis, tullit nos nequiores, mox daturos progeniem vitiosiore.*
HORAT. III. 6.

Sentimiento es este predominante en los escritores de aquella edad.



tro Señor; basta que sepamos que fué cerca del 4000 del mundo. Unos le ponen un poco antes, otros un poco despues, y otros precisamente en este año, cuya diversidad nace, no ménos de la incertidumbre de los años del mundo, que de la del nacimiento de Nuestro Señor. De cualquier modo que sea, fué cerca de este tiempo; mil años despues de la dedicacion del templo y el 754 de Roma, cuando Jesucristo, hijo de Dios en la eternidad, hijo de Abraham y de David en el tiempo, nació de una Virgen. Esta es de todas la más considerable época, no sólo por la importancia de tan grande suceso, sino por ser ella tambien de donde há tantos siglos que comienzan los cristianos á contar sus años. Tiene asimismo de notable, que concurre con poca diferencia con el tiempo en que vuelve Roma al estado monárquico, bajo el pacífico imperio de Augusto. Todas las artes florecieron á su sombra, y la poesía latina fué elevada á su mayor perfeccion por Virgilio y Horacio, excitados de este príncipe, no sólo con sus beneficios, sino con el honor concedido de una libre entrada cerca de su persona. Siguió luego al nacimiento de Jesucristo la muerte de Herodes. Su reino fué dividido entre sus hijos, y no tardó en caer en poder de los romanos la principal parte. Acabó Augusto su reinado con mucha gloria. Sucedíole sin contradiccion Tiberio, á quien habia adoptado, y fué reconocido el imperio por hereditario en la familia de los Césares. Tuvo mucho Roma que sufrir de la cruel política de Tiberio; pero lo restante de sus dominios gozó de competente tranquilidad. Germánico, sobrino de Tiberio, apaciguó los ejércitos amotinados, rehusó el imperio, derrotó al fiero Arminio, adelantó hasta el Albis sus conquistas; y habiendo con el amor de los pueblos atraído á sí los celos de su tío, este príncipe bárbaro le hizo morir ó de disgusto ó de veneno. El año décimoquinto de Tiberio se deja ver San Juan Bautista. Hácese Jesucristo bautizar de este divino precursor. El Padre Eterno reconoce á su muy amado hijo con una voz que viene de lo alto. El Espíritu-Santo descien-

de sobre el Salvador bajo la forma pacífica de una paloma. Toda la trinidad se manifiesta.

Allí empieza con la septuagésima semana de Daniel la predicacion de Jesucristo. Esta última semana era la más importante y la más señalada. Habíala Daniel separado de las otras, cómo semana en que la alianza debia confirmarse, y los antiguos sacrificios perder su virtud en medio de ella. Nosotros la podemos llamar la semana de los misterios. En ella estableció Jesucristo su mision y su doctrina con innumerables milagros, y despues con su muerte. Sucedió esta el cuarto año de su ministerio, que fué tambien el cuarto de la última semana de Daniel, y de este modo se halla esta gran semana justamente partida en la mitad con esta muerte.

Así es fácil de hacer el cómputo de estas semanas, ó por mejor decir, está del todo hecho; pues juntando á los 453 años que se hallarán desde el 300 de Roma y el 20 de Artajerjes hasta el principio de la era vulgar, los 20 años de esta era que se ven confinar con el décimoquinto año de Tiberio, y con el bautismo del Señor, de estas dos sumas se formarán 483 años, de los siete que faltan aún para cumplir los 490; el cuarto que hace la mitad, es en el que murió Jesucristo, y todo lo que profetizó Daniel está visiblemente incluido dentro del término que se prescribió. Fuera de que tampoco es necesaria tanta puntualidad; y nada hay que obligue á entender en este extremo rigor aquella mitad notada por Daniel, y los más escrupulosos se satisfarian con hallarla en cualquier punto que estuviese entre los dos extremos; dígoles esto, á fin de que los que creyeren tener razones para poner un poco antes ó un poco despues el principio de Artajerjes ó la muerte de Nuestro Señor, no se fatiguen en su cálculo; y que los que intentaren oscurecer una cosa tan clara con cavilaciones de la cronología, depongan sus inútiles sutilezas.

Las tinieblas que cubrieron toda la superficie de la tierra en pleno mediodía, y en el punto que Jesucristo fué crucificado, están recibidas por un eclipse ordinario de los autores paganos, que han notado este memorable suceso. Pero los primeros cristianos, que hablaron de él á los romanos como de un prodigio, no solamente señalado por sus autores, sino tambien